

- 34 -

**BLANCA ISAZA DE JARAMILLO MEZA
JUAN BAUTISTA JARAMILLO MEZA**

PRESENTACION

Por CARLOS BETANCUR ARIAS

En esta revista, de amplias proyecciones culturales, se le ha rendido un tributo constante a nuestras manifestaciones artísticas. No de otro modo podría concebirse la publicación mayor de la Universidad, que al lado de los altos valores eternos, cultiva y acendra cuotidianamente los más nobles valores de la historia: la patria es la proyección de nuestra propia familia, y encarna el objetivo de nuestros afectos filiales; por eso el nombre de "Bolivariana es trascendente en el sentido cultural, ya que simboliza el afán universitario de sembrar en el corazón de las juventudes el amor por la patria, que es el conocimiento y apego a su historia, a sus instituciones jurídicas, y a los nombres que han levantado nuestro prestigio de pueblo culto.

Entre esos nombres están, al lado de nuestros sabios, juristas, estadistas, oradores, etc., nuestros poetas, que son los que representan la primera forma artística humana; entendemos por arte el modo o manera por el cual se hace la belleza patente entre los hombres. A su vez la belleza, que no tiene definición esencial, pero que metafóricamente ha sido interpretada por sus atributos o por sus modos de operación, se ha determinado como "el esplendor de la verdad", ya que la verdad se considera como el fuego central que ilumina la creación con su inefable presencia; y esos rayos que de allá dimanan son la belleza, caminos de luz por donde ascendemos los mortales hasta el conocimiento de nuestro principio primero y de nuestro último fin.

Y sí, como afirma Vasconcelos, la cultura es la suma de valores que hacen inmediata relación a nuestra vida espiritual, en sus dos formas principales, de vida intelectual y de vida volitiva, dentro de la cultura se encuentra el artista labrando con amor indeficiente la cuna de nuestros sueños y la veste cándido de nuestro ideal. En el principio está el poeta, y él nos acerca, con su intuición, a la vida afectiva, con más poderosos impulsos que todos los tratados de filosofía; porque esta noble ciencia hace relación in-

mediata a un núcleo de hombres que investigan la razón primera de todas las cosas, cuando la poesía lleva el conocimiento de nuestra vida afectiva y de los principios que rigen la propia intelección, hasta el corazón rudo de quien no podría entender otro lenguaje. Los hombres, para entender el amor, no necesitan el principio intelectual, porque él se acerca más a nuestra propia intuición, que nos lleva a la vida intelectual perfecta por los caminos de la vida de la razón. El amor podría definirse, como la fuerza recóndita que nos impulsa hacia la belleza, con un poderio irresistible. Y la poesía es amor, porque no existe ella para darnos el razonamiento de las cosas, sino para hacernos sentir las suaves caricias de la intelección, significadas por la intuición.

Por este modo la Revista de la Pontificia Bolivariana cumple un noble mandato de la cultura, en su forma artística, con verdadera devoción por nuestros principales valores frente a la belleza. En estos cuadernos de poesía nacional han tenido cabida los principales poetas que han ido labrando nuestra fama internacional de nación culta sin atenernos nunca a pautas de escuela o generación. En esta oportunidad quiero presentar a nuestros lectores de todos los continentes a dos insignes valores estróficos de la patria: una verdadera poetisa, cinceladora admirable del verso y un espíritu de selección lírica extraordinaria, que comparte con ella su vida y sus canciones.

BLANCA ISAZA DE JARAMILLO MEZA. Su nombre está unido a mis propios recuerdos de infancia. En el departamento de Caldas la poetisa ha ido labrando el pedestal de su propia fama, en versos burilados con esmero y con la cooperación suya para todas las obras de altruismo y de caridad. Su voz se me hace cada vez más materna! al correr de los días, y sus conceptos más depurados a través de su propio espíritu cristiano.

Se ha dicho de Gabriela Mistral, la célebre poetisa chilena, que ha depurado el canto materno a través de toda su obra, y que cada verso suyo es un lamento de nostalgia por algo que no llenó el vacío de sus entrañas. La voz de la Mistral se relievra dentro del paisaje de la poesía americana como la dulce voz materna, que reemplaza la voz de todas las madres frente a sus cunas; no hay una sola

poesía suya que no tenga este sello, que nos acerca a la madre, al amor depurado de la creación en sus formas esenciales. Pues bien: el sello de las poesías de doña Blanca Isaza es la ternura; su amor ha sido depurado por el santo sentir del hogar, por la emoción cálida del sacramento:

*“Y una noche, al arrullo de la fuente embrujada,
adormirte a los ritmos de una vieja balada
que tuviera el tesoro de cadencias del mar.*

*Y al flotar de mi manto de prismáticos tules,
ir contigo a las hondas soledades azules
en la barca de seda de un destello lunar”.*

Siempre hemos sabido que la madre resume para la creación, el sentido mismo de su principio primero. Dios hizo en el corazón de todas las madres surgiera el amor cualificado, con algo de divino, que toca ya al esposo, como si fuera el primero de los hijos, ya a los renuevos de su vida. No podríamos concebir el sentido materno sin la expresión amorosa de la existencia. Forma, por esta manera, parte del grupo que preside la Mistral, y que tiene por distintivo el dulce cantar del amor puro, que se diluye en canciones de cuna, y que enseña al universo a sentir las caricias de Dios. Sus versos, aún en su parte formal, están tocados de esta misma dulce emoción, y florecen fáciles como el fruto de la tierra fértil.

Entre las poetisas americanas, hay otras que revelan el sentido opuesto del amor; la encendida emoción de la mujer, apasionada y fogosa, que transparenta en sus estrofas lo que en la vida hay de fuego frente a las conmociones de la carne y a los llamados de la sangre. No tienen, propiamente, el sentimiento materno, que persigue el fin noble de la creación permanente, y une su espíritu a esa eternidad, sino el apego de ahora, sin sentir el futuro, la voz de la sangre que hierbe y se querella entre los estímulos del lujo y de la belleza sensorial. Tal es la encendida estrofa de Laura Victoria entre nosotros; la de Juana de Ibarbourou o la de Alfonsina Storni o la de Rosario Sansores en América. Es claro que ellas son verdaderas poetisas y que su poesía sí lo es de verdad; pero ellas han tenido que depurar la escoria para encontrar el poco de oro que en esa clase de emociones se encarna, ya que la belleza sensorial, por sí misma, no puede ser aliciente del

espíritu humano; esa belleza sensorial, con todas sus cualificaciones, en formas de pasión, en llamadas del instinto, en alucinaciones sensoriales, como la de cuerpos humanos bien conformados, pero sin inteligencia, llena apenas un momento, un instante de nuestro existir volitivo, y apenas puede decirse que se allega a las formas intelectivas de la vida. La volición es el apego del espíritu humano a la belleza; el amor es llamada constante, es fuerza indeficiente, que nos lleva hacia la belleza. La belleza, en su sentido más alto, se significa por el espíritu, está asida fuertemente a la eternidad como que viene de Dios, ya que todas las cosas de la creación son bellas porque Dios, "con sola su figura, vestidas las dejó de su hermosura". Cuando el espíritu encuentra esas formas y recata en ellas su emoción, entonces podemos afirmar que ha sentido en realidad la vista de la hermosura. Todo poeta nos revela la belleza en sus más altas formas. Pero hay que ver que poetas son muy pocos, y que abundan en nuestros medios versificadores que se han tomado este título por asalto, sin que en realidad les corresponda. Si analizamos nuestro ambiente literario nacional, encontramos artífices perfectos del verso, con un conocimiento profundo de las fuentes idiomáticas, con fácil oído para la consonancia o la asonancia, con disposiciones para el ritmo, pero su obra es fría, es calculada, es producida con demasiada dificultad; abundan los momentos de técnica en la versificación pero no aparece por parte alguna la poesía.

Toda esta disquisición la he hilvanado para decir, con toda la seguridad crítica posible que Blanca Isaza de Jaramillo, es una verdadera poetisa. Su emoción es sincera; nació para el canto, como los pájaros, y ha tenido que cantar desde los mismos días de su juventud. Cuando tenía apenas 19 años, publicó su primer libro de versos, "Selva Florida". Después ha publicado: "Cuentos de la Montaña", volumen donde aparece como una de las más felices creadoras de esta clase de obras, que tienen verdadero sentido poético, nada empece que no sean versos, ya que recitan verdadera belleza, Después reunió en su libro "La Antigua Canción", poesías, cuentos y crónicas. Siempre he creído que el poeta es, y no propiamente tiene momentos en que siente el celeste numen: todas las obras de un poeta deben ser poesía; su alma vive en constante trance de belleza, y se hermanan en su espíritu y en su voz los gorgoros de la creación. He leído, con verdadero deleite, casi todo lo que la pluma de doña Blanca Isaza ha producido, y he tenido esa misma sensación; es poetisa y todas sus obras están sa-

turadas de su espíritu, contienen la misma emoción. Sus cuentos son frágiles y sencillos, como si los hubiera inventado para contarlos al borde de sus cunas; sus crónicas hacen siempre la alusión precisa que encarna el sentimiento, y muestran el momento patético. El lenguaje mismo de estas obras en prosa, es poético, y ella misma no puede sustraerse a la presencia de la metáfora feliz, del símil oportuno y grácil, de la voz dulce de la mujer; porque toda su inspiración es femenina en su esencia; quienquiera que lea uno de sus poemas, adivinará al pie un dulce nombre de mujer.

Y su amor es el amor eterno; no el apego del momento, no la emoción fácil que se esfuma con el fuego encendido en el corazón; su amor participa de la misma esencia divina; se diluye y extiende desde los propios lares de su hogar, en donde participan de su plenitud su esposo y sus hijos, hasta todos los desgraciados que necesiten en las llagas del corazón un poco de bálsamo de la salud. Así la he oído siempre en sus constantes intervenciones sociales desde la radio y la prensa. Así la he leído en la Revista "Manizales" que ella orienta y anima. Para Blanca Isaza de Jaramillo la vida es una cuna inmensa en donde se aduerme, al calor de su arrullo, el amor universal.

JUAN BAUTISTA JARAMILLO MEZA. Al lado de la obra de doña Blanca, aparece, con excelentes atributos, la poesía de Juan Bautista Jaramillo Meza. Desde los propios años de su juventud unieron sus vidas, con el vínculo sagrado del matrimonio, estos dos cultores de la poesía, y desde entonces han enriquecido el parnaso nacional con obras nuevas, de un grato sabor a reseda y a dulce emoción, tranquilas y suaves, que dejan en el ánimo el deseo infinito de amar; porque la lírica en ellos, si es cierto que participa de la melancolía universal que hace del poeta un desterrado del cielo, con ansias infinitas de un camino hacia las estrellas, más perfecto y más seguro, también lo es que su voz tiene raros matices de suavidad, como quien conoce lo amargo del destierro, pero procura encontrar en su suelo frutos dulces para entretener el camino. La frase del Maestro Valencia, estampada al final de su nota de felicitación por su matrimonio, y que decía: "Cuán grato ver sellar el vínculo entre el Aguila y la Alondra de quienes habrá de salir el glorioso canto del Futuro", ha tenido ya su confirmación histórica. La obra poética de estos claros exponentes de nuestro canto, es el monumento

vivo de que hablara Zaratustra, y que se debe erigir a la victoria de la voluntad y de la inteligencia, en la vida.

Ha publicado Jaramillo Meza las siguientes obras: "Bronce Latino", "Alma Helénica", "Playas y Tumbos" y "Senderos de Otoño". Bajo el título de "Impresiones de Arte y de Vida", se encuentra al final de la edición de "Senderos de Otoño" (Manizales 1935), una colección de sus impresiones por diversas obras de arte, sus recuerdos de personajes de su amistad y de la historia nacional, etc. Y en realidad, que su prosa no es inferior a su verso, ya que maneja el idioma con dominio pleno de sus cláusulas, con conocimiento perfecto de los difíciles engranajes de la gramática. Además, no deja de ser poeta. En veces el escritor trata de superar el propio tema, sencillo, para elevarlo, por la fuerza y gracia de su sentido lírico, a la propia concepción del canto.

Así, en 1926, ante las ruinas humeantes de la vieja y bella catedral de Manizales, reducida a cenizas, cantaba más que decía: "La Catedral es una inmensa ruina. Sobre el pavor de la tierra, estremecida con la catástrofe, ante millares de personas que miraban atónitas la tragedia brutal, con ojos estupefactos y semblantes contraídos de angustia, se desplomaron las bóvedas augustas, la cúpula severa, los viejos torreones, las campanas, las armoniosas campanas que llamaban a misa desde su gruta solitaria al insinuarse la aurora, las campanas amigas que supieron reír jubilosas en las horas de fiesta y regocijo, y supieron llorar doloridas, en lentos dobles en las horas fatales, ante los despojos de los antepasados, las viejas campanas fraternas...

"La Catedral ya no existe. Sobre sus ruinas levantará de nuevo la raza invencible un templo grandioso que recuerde a las generaciones de fin de siglo, que por sobre las tragedias angustiosas flotó siempre la fe, como un velo de rosa tendido sobre las pavesas, que por sobre las llamas se levantó el coraje de la raza, la piedad legendaria, el empuje indomable de estos hombres intrépidos, de estos hombres de dura cerviz que sólo se abaten ante la muerte.

"Erguida y severa en su grandiosa arquitectura moderna, la nueva Catedral de inmensas bóvedas y columnas gigantescas, entre jardines armoniosos, levantará sus torres

desafiadoras sobre la nueva ciudad magnífica que surgirá
de los escombros”.

Y tuvo razón el poeta. La inmensa Catedral que hoy
preside los destinos espirituales de Caldas, sobrepaja toda
esperanza brotada sobre la tierra gris de los escombros.
Porque es tan grande que no admite comparación: sus agu-
jas se elevan al cielo con tanta majestad y tanto empuje,
que parece que continuamente estuvieran ascendiendo; y
es tan inmensa la mole de granito y de cemento y de acero,
que frente a ella, como decía el poeta de la de Colonia, se
piensa “en alguna cantera evaporada, o en alguna parálisis
del viento”.

Para explicar lo que es el poeta que hay en Juan
Bautista Jaramillo Meza, basta recordar lo siguiente, estam-
pado en su biografía:

“Comprendió que era preciso, si quería alcanzar la
cima soñada, entregarse a graves disciplinas mentales, re-
frenar la inspiración, dominar la fecundidad y hacer obra
de arte, lenta y pausada, con la más severa autocrítica. Más
que un censor de sus obras, se convirtió en su propio ver-
dugo. Todo lo que escribía era inferior a sus deseos, las nue-
vas canciones le dejaban insatisfecho. De cuando en cuando
su espíritu reposaba tranquilo, cual sobre blandos almoha-
dones, en la tersura de un canto! y así, años y años, ya en
producción más lenta, escribió nuevos libros: “Alma He-
lénica” y “Playas y Tumbos”, dados a la publicidad en 1926
y 1927. De aquella época a hoy ha escrito apenas un libro
de canciones; ha procurado ceñirse a los más rígidos pre-
ceptos artísticos, a las más severas normas estéticas; ha adop-
tado un procedimiento de reposo, de percepción atenta, de
emoción contenida; es sobrio, de sobriedad absoluta; ha
procurado condensar, en breves líneas, toda la intensidad
de una idea que pudiera dispersarse en múltiples versos, y
ha hecho ensayos de combinaciones métricas desconocidas
hasta ahora en poesía castellana. Tal su “Balada Romántica
del Topacio Agorero.

“No ya los cantos de antaño, las estrofas vagas, los
motivos menores, los paisajes que se esfuman. No ya la can-
ción ligera de los veinte años, sino aquello más hondo que
nace de las fibras más recónditas en la madurez de la vida,

en la penumbra, de suaves tonos, de los cuarenta años. La infancia se deshizo ya, matizada de iris y de relámpagos; la juventud ya pasó, impregnada de aromas de primavera, de ilusiones y esperanzas en fuga. Han llegado las horas graves, sin tonalidades de rosa, las horas trascendentales que tiene cada vida en plenitud, maceradas y sobrias, cerradas las pupilas a toda lumbre engañosa, sangrante el corazón sobre el ara oscura de la realidad palpitante".

Tenemos allí, con tonos demasiado claros y expresivos, el cuadro de la vida del poeta, sus aspiraciones frente al arte, sus magníficas realizaciones y los altos dones de madurez a que la vida lo ha llevado, cuando ha llegado a convencerse de que "las quejas y el reproche son ceguera".

En realidad, nada podríamos añadir a este panorama. sin empañarlo de sombras. Ahí tenemos al poeta.

(Poemas de Blanca Isaza de Jaramillo Meza)

ENSUEÑO

Oye, amor, un anhelo de infinita ternura
que en la tarde de nácar me llegó al corazón,
un ensueño que tiene la fragante frescura
de un manojo de lirios, de una piña en sazón:

Quisiera ser un hada de aquellas que en oscura
caverna custodiada por dantesco dragón,
con la varita mágica de la buena ventura
a mi niñez mostraban su reino de ilusión.

Y una noche, al arrullo de la fuente embrujada,
adormirte a los ritmos de una vieja balada
que tuviera el tesoro de cadencias del mar,

Y al flotar de mi manto de prismáticos tules,
ir contigo a las hondas soledades azules
en la barca de seda de un destello lunar.

LO INEXORABLE

Amor: inexorable verás llegar e idía
en que tu paso firme no habrá de guiar mi paso,
en que verás quebrarse cual un cristal el vaso
donde escanció la suerte tu vino de alegría.

Y habrán de parecerte en la hora sombría
tristes todas las cosas: los oros del ocaso,
las auroras que trenzan sus festones de raso,
el mar, que es el trasunto de la eterna armonía.

¡Pero no estarás solo! Vendré desde el arcano
a serenar tu angustia; me encontrará tu mano
en la flor y en la arcilla; llegaré a tu mirada

en el remoto brillo de las costelaciones,
y romperán las sombras de tu noche atediada,
con su fulgor de ensueño, mis últimas canciones.

PLEGARIA

Señor, yo te agradezco
como merced inmensa
este fiel compañero que me diste
para cruzar la senda.

Yo he venido a decirte,
Señor, de su nobleza
y de cómo en su espíritu persisten
de tu mano de artífice las huellas.

Tu bien sabes, Señor, cómo el milagro
de su palabra buena
refrescó como lluvia matutina
el jardín otoñal de mi tristeza,
y fue como si al leve
paso de la divina primavera
recibiera el espino la limosna
de la corola plena.

Tu bien sabes, Señor, cómo su alma,
depurada en crisoles de belleza,
es para mi dolor como una concha
mullida con satines de azucena;
y sabes bien que entre la sombra adusta
como la entraña fría de la piedra,
es su cariño para mí lo mismo
que el oro azul de tu mejor estrella.

No ignoras que su vida fue el macizo
alegre de palmeras
a cuya sombra de cordial frescura
llegué a plantar mi tienda.

Señor, llevo su amor entre la sangre
y en el alma sumisa que te anhela;
lo tengo en el cerebro y en los labios
que dicen la elación de tu grandeza;
en las manos humildes que se hieren
en todas las ortigas de la senda;
en la voz que en la noche
canta o arrulla o reza;
en la frente cansada
que sobre el libro grave se doblaga;

en el alegre impulso contenido
de la planta viajera.

Su amor es en mi vida,
Señor, como una esencia
que lo satura todo; es invasora
luz en la noche prieta.

Y por él es mi alma
como un agua suspensa
dormida en el silencio y traspasada
por el fulgor inmóvil de la estrella.

Señor, tu no lo ignoras, por su hechizo
están las rosas de mi canto abiertas,
dura el amanecer en mis collados
y granan las espigas en mis eras;
están a todas horas
mis jardines en fiesta,
de vestido de luces los claveles,
de corpiño de raso las camelias,
de zapatos de gro los tulipanes,
de boinas azules las violetas,
de cofias de tisú las amapolas
y los lirios en traje de etiqueta.

Pero quizá, Señor, no haya medido
tu mirada fraterna
la hondura de este mar de mis querereres
donde la barca de su amor navega;
quizás tú no has pensado
que su vida es mi vida, que la eterna
radiación de los soles
que tus domilios de zafir relievan,
recuerdo por mirarla en el diamante
perenne de su fe que la concentra.

Señor, por tu palabra, que es más dulce
que el licor primordial de las abejas,
por tus manos benditas,
hechas de raso, de marfil y cera,
por la rosa prendida en tu costado,
como un incienso ante tus pies se quema
esta plegaria mía,
esta plegaria nueva

Señor, frente al futuro te interrogo:
es tremendo el dilema
que me recorta en negro el horizonte,
que los resortes de la dicha quiebra,
que el jazminero de mi fe desflora,
que de mis labios la canción aleja
y me estria el cerebro
con el duro cincel de la tragedia.

Somos como dos luces
frente a la noche inmensa:
¿Cuál, bajo el soplo helado del enigma,
ha de ser la primera
en extinguir su resplandor constante,
su frágil luz serena?

Somos copas de arcilla modeladas
por tu mano perfecta:
¿Cuál de las dos se trizará primero
contra la roca negra?

Somos barcas iguales
ante el horror del piélago suspensas:
¿Cuál abrirá más pronto
bajo el alba postrera,
para buscar la playa presentida,
los triangulares linos de sus velas?

Somos cual dos arbustos florecidos
sobre la pampa abierta:
¿A cuál abatirá bajo la sombra
el látigo de luz de la tormenta?

Señor, sólo te pido
con honda fe sincera,
lleve más pronto hasta tu azul mi nave
mínima y blanca ofrenda;
que como hoz de diamante
corte, Señor, tu mano nazarena
los trigales maduros de mi vida
listos para la siega;
que me lleves primero
hacia tu paz eterna,
para mullir de lirios
el almohadón de piedra
donde junto a la mía
descansará en la muerte su cabeza.

EL RENUEVO

Hijo: labra tu vida como ese mármol griego
donde el triunfo armonioso de la línea perdura.
La vida no es tan mala cuando en su entraña dura
nuestro optimismo enciende de la belleza el fuego.

Arde por tí la lámpara perenne de mi ruego;
por tí germinan lirios entre mi arcilla oscura,
y para el tedio grave de tu hora futura
ha de ser claro estímulo esta fe que te entrego.

¡Que sean en tu vida meta de luz mis sueños;
que las crueles aristas de los odios pequeños
y las luchas sin gloria, te hagan sereno y fuerte;

y cuando seas hombre, si no estoy a tu lado,
la alegría suprema de haberte modelado
me llenará de rosas el yermo de la muerte!

PLENITUD

Mientras más adelante en el camino
dejando atrás anhelos o ilusiones,
más en bondad se acendran mis canciones,
como en los odres la virtud del vino.

Retama o nardo que me da el destino
recibo en humildad como altos dones,
y muelo inútil trigo de emociones
de la vida en el sórdido molino.

Es ya la juventud una borrosa
estampa breve de cobalto y rosa
cuyo matiz en restaurar me empeño.

¡Quién sabe si esta arcilla fatigada
podrá bajo el rigor de la otoñada
nutrir de azul los mirtos del ensueño!

CREPUSCULOS DE ALDEA

Una suprema paz. En la maleza
pone el ocaso toques ambarinos.
El viento en el ramaje de los pinos
hila frágiles copos de tristeza.

En juegos de exquisita sutileza
la tarde corre sus telones finos,
y en la vejez cordial de los caminos
la linfa clara en el silencio reza.

Canta coplas de amor una serrana.
Vuela del campanario desteñado
la música ritual de la campana.

Y una ronda fugaz de golondrinas
se levanta de un muro e iverjecido,
como si fuera el alma de las ruinas.

El ilusorio fuego del ocaso
so rosa el campanario ennegrecido,
y extiende por el parque florecido
su lumbre, así como se extiende un raso.

Junto al balcón, al resplandor escaso
del último arrebol palidecido,
leemos en tu libro preferido
suaves versos de amor. El leve paso

del aura vespéral escalofría
los árboles inmóviles. Suntuosas
las páginas prolongan su armonía.

Venus encima de los montes arde,
y se funden tus rimas prestigiosas
con los oros fugaces de la tarde.

FRANCISCO DE ASIS

Claros viñedos de Asis,
frescas llanuras de Italia,
olivares y praderas
con músicas y fragancia,
cruza el galán trovador
que es príncipe de farándulas,
el bizarro caballero
que lleva en la frente un alba
de juventud y de gloria
que ilumina la comarca.

Por él suspiran doncellas
tras florecidas ventanas,
¡sí cautiva corazones
con la miel de sus palabras
cuando en los valles de Umbria
el dulce poeta canta
claros viñedos de Asis,
frescas llanuras de Italia!

Como a Paulo en el camino,
la voz de Cristo lo llama.

Francisco ha oído esa voz
que le funde cuerpo y alma
en la más suave armonía
que oyeron pueblos y razas.

Francisco lo deja todo,
riquezas, honores y fama,
para seguir tras las huellas
que en duros espinos sangran,
como apóstol de humildad
que las miserias ensalza,
que besa las florecillas
que los senderos esmaltan,
y en los labios del leproso
pone un beso como un alba.

Como a Paulo, en el camino,
la voz de Cristo lo llama.

Todo a su paso florece
y se iluminan las almas.

Todas las cosas humildes
le bendicen y le aclaman;
al miserable ealtece,
a los caídos levanta
y en los pechos desolados
infunde fe y esperanza.

Su voz realiza el milagro
que transforma la crisálida:
el barro se siente puro
como la niebla más blanca,
el cardo cree que perfuma
como la rosa encarnada,
y el gusano siente impulsos
de volar como las águilas.

Todo a su paso florece
y se iluminan las almas.

Habla un idioma divino
que conmueve las entrañas
del viejo lobo de Gubio
de fauces ensangrentadas;
la bestia sigue a Francisco
por pueblos y por montañas
y en instintos de cordero
trueca su furia y su saña.

Las golondrinas entienden
la virtud de sus palabras
y en religioso silencio
oyen atentas sus pláticas.

La voz del Santo acaricia
aves y piedras y plantas,
como un rocío celeste
que las cosas animara....

Habla un idioma divino
que conmueve las entrañas.

Oro de sol en espigas
sobre castillos de Italia,
oro de luna en suspiros
por las colinas lejanas.

auroras de pedrería,
hondas noches diademadas
de silencios y de estrellas
en remotas lontananzas,
árboles, vientos y trinos,
todo fulge en sus romanzas,
todo perfuma en sus ritmos,
todo vibra en sus plegarias,
y la perfecta alegría
sólo la encuentra su alma
en la divina pobreza
del sayal y las sandalias....

Oro de sol en espigas
sobre castillos de Italia.

El milagro santifica
su presencia iluminada.

El rosal de la Porciúncula
que vio temblar en sus ramas
la carne austera del santo,
de espinas acribillada,
sintió en sus garras estériles
gotas de su sangre cálida
y florecieron sus gajos
rosas vivas, perfumadas.

Un claro nimbo se advierte
sobre su sien franciscana,
como un fulgor imprevisto
de una celeste distancia,
y Cristo en el monte Albernia
le imprime sus cinco llagas.

El milagro santifica
su presencia iluminada.

Cuando Francisco murió
hubo más luz y fragancia
en la celda y en el claustro
y en la tarde emocionada.

Alondras y golondrinas
en silenciosas bandadas
llenaron todo el convento.

La tarde se puso pálida
sobre las cumbres absortas
y las llanuras estáticas.

En los pinares de Asís
sonaron lúgubres flautas
de pájaros y de vientos
en armoniosa balada,
y se difundió en la altura
suave claridad extraña.

Cuando Francisco murió
hubo más luz y fragancia.

BALADA ROMANTICA DEL TOPACIO AGORERO

Tengo un topacio de mal agüero
que fue de un príncipe aventurero
tan caballero
como Mío-Cid,
de un grave príncipe de leyenda
que halló la muerte de herida horrenda
bajo su tienda
y en brava lid
de amor y celos y cuchilladas;
raptor de mojas y enamoradas
que despeinadas
sobre el corcel
llevó al galope por las llanuras....
Aún se recuerdan sus aventuras,
sus armaduras
y su alquicel.

Una gitana de Alejandría
llevó el topacio de agorería
en romería
por Singapur,
y en sus extraños rumbos inciertos
por las ciudades y los desiertos,
llegó a los puertos
del mar del sur.

Es un topacio desconocido,
de un color pálido, desvanecido,

cual desteñido
rayo lunar;
fue de un bandido descorceante
que hizo conquistas de amor galante
en vida errante
por tierra y mar.

De mano en mano llegó a un artista
de negra barba, que era anarquista
y en imprevista
noche fatal,
con recia mano, nerviosa y fuerte,
a un grotesco de ánimo fuerte
le dio la muerte
con un puñal.

Lució en la mano de porcelana
de una condesa rubia y liviana
que en cortesana
trocó París;
y fue de un santo varón helvético
de iluminado verbo profético,
de rostro ascético
como el de Asís.

Es un topacio de forma esférica.
Un argonáuta de vida homérica
lo trajo a América
desde Estambul,
un argonáuta que era adivino
y tras un sueño dorado vino
sobre el marino temblor azul.

Pávida sombra de maleficio
vela sus luces. Siempre impropicio
al sacrificio
llevó también
a un héroe invicto que en lucha armada
cayó curvado sobre su espada,
ensangrentada
gota la sien.

El más altivo de mis mayores,
bardos, guerreros, conquistadores,
dominadores
del ideal,
llevó el topacio de negro sino

y en lid galante de amor y vino
un asesino
le hundió un puñal.

Grave topacio de luz extraña,
¿Qué enigma guarda tu fina entraña?
¿Qué bruja huraña
su maldición,
y en signo mágico de hechicería,
te dio una noche de agorería,
piedra sombría
de tentación?

Terrible piedra, piedra maldita
que das la muerte, tu luz marchita
tiene contrita
mi juventud;
¡si ya en mis noches de mal agüero
veo en las sombras un agorero
sepulturero
y un ataúd!

MADRE FILOSOFIA

Madre Filosofía, dárme tu fortaleza
para sufrir los golpes que el Destino me dé,
sin abatir el alma, sin doblar la cabeza,
como los viejos robles que me vieron nacer.

Endurece mi pecho cual la ruda corteza
de los árboles secos que en las cimas se vén;
madre Filosofía, que la brutal rudeza
del mundo y de los hombres no doblegue mi sién.

Tórname dura el alma como piedra de monte;
dáme serenidad de lejano horizonte
para las recias luchas con las hordas del mal.

Hazme a todo insensible como un mármol inerte,
al rigor de la vida y al temor de la muerte,
para vivir sin odios, para morir en paz.